Capítulo I

El fuego ardía con vivacidad. Mi esposa acababa de subir a acostar a nuestro hijo. Charles estaba sentado delante de mí; se le veía muy bronceado y apuesto. Era grato pensar que íbamos a pasar unas semanas bajo el mismo techo, lo cual no ocurría desde que éramos apenas niños. Dado que hablar me daba pereza, yo comía nueces y observaba el fuego. No obstante, Charles se estaba impacientando.

—Ahora que tu mujer está arriba, Will, debes contarme lo que he estado ansiando preguntarte desde que la he visto esta mañana. Explícame cómo fueron el cortejo y la conquista. Me gustaría tener la receta para conseguir una mujercita tan encantadora también para mí. Tus cartas eran parcas en detalles. Venga, hombre, cuéntame todos los pormenores.

—Si te lo cuento todo, será una larga historia.

—No te preocupes. Si me canso, siempre puedo dormirme y soñar que vuelvo a ser un hombre libre y solitario en Ceilán, y despertarme cuando hayas terminado para volver a ser consciente de que sigo bajo tu techo. ¡Venga, hombre! «Había una vez un joven núbil y galán…» ¡Empieza así!

—Bien, pues: «Había una vez un joven núbil y galán…» que no tenía ni idea de dónde asentarse una vez terminados sus estudios de medicina. Deja que cambie a primera persona; me cuesta continuar hablando de mí como un joven núbil y galán… Yo acababa de terminar las prácticas cuando te marchaste a Ceilán

y, si bien recuerdas, quería irme también al extranjero y estaba sopesando la opción de ofrecerme como médico naval; pero después pensé que eso más bien me desprestigiaría en mi profesión, así que dudé y, mientras vacilaba, recibí una carta del primo de mi padre, el señor Morgan; aquel provecto caballero que solía escribir a mi madre unas cartas larguísimas repletas de consejos, el mismo que me mandó un billete de cinco libras cuando acepté ser aprendiz del señor Howard en lugar de partir a la mar. Pues, al parecer, ese provecto caballero llevaba un tiempo pensando en hacerme su socio, si yo progresaba bien; y, como un amigo suyo que era médico en el Guy's Hospital le había hablado bien de mí, me escribió para proponerme el siguiente acuerdo: yo me quedaría un tercio de nuestras ganancias durante cinco años; después, la mitad; y con el tiempo la totalidad sería mía.

No era una mala oferta para un hombre sin blanca como yo, dado que el señor Morgan tenía un consultorio rural que le iba bien y, a pesar de que no lo conocía personalmente, me había formado una idea bastante precisa de él: un señor mayor, soltero, respetable, bondadoso, inquieto y entrometido; y no me equivocaba en absoluto, como pude comprobar tras solo media hora de conocerlo. Yo me había imaginado que iba a vivir en su casa, dado que no tenía esposa y era amigo de la familia, pero diría que él temía que yo esperase eso; porque, cuando aparecí delante de su puerta con el mozo que llevaba mi maleta, me recibió en los escalones y, mientras me daba un apretón de manos, le dijo al muchacho:

—Jerry, si esperas un momento, el señor Harrison en breve estará listo para que lo acompañes a sus aposentos, a casa de Jocelyn, ya sabes.

Y, después, volviéndose hacia mí, me dedicó sus primeras palabras de bienvenida. Aquello se me antojó poco hospitalario, pero más tarde lo comprendí.

—La casa de Jocelyn —dijo— es el mejor sitio que he podido encontrar con tan poco tiempo. Ahora hay mucha gente con fiebre, una suerte de tifus leve que se ha propagado por el casco antiguo de la ciudad; por eso quería que viniera usted este mismo mes. Creo que, para una o dos semanas, allí estará cómodo. Me he tomado la libertad de pedirle a mi ama de llaves que le llevara un par de enseres para que se sienta más como en casa: una butaca, un bonito maletín con medicamentos y algunos tentempiés para picar; pero, si me permite aconsejarlo, tengo en mente un plan del que le hablaré mañana por la mañana. Por ahora, no quisiera retenerlo más aquí de pie en los escalones; así que le dejaré irse a sus aposentos, adonde ya habrá ido mi ama de llaves para prepararle un té.

Deduje que aquel anciano estaba más preocupado por su propia salud que por mí, pues se había abrigado con una holgada chaqueta gris e iba sin sombrero. Sin embargo, me pregunté por qué no me invitaba a pasar en lugar de retenerme en los escalones. Aunque, después de todo, supongo que me equivoqué al figurarme que temía resfriarse y que lo único que le preocupaba era que lo vieran vestido de andar por casa. Asimismo, por lo que concierne a su aparente falta de hospitalidad, al poco tiempo de residir en Duncombe comprendí lo reconfortante que resulta en esta ciudad tener una casa propia, cual castillo donde los intrusos no son bienvenidos, y por qué el señor Morgan tenía el hábito de salir a la puerta a hablar con todas las visitas. Así pues, me había recibido de aquel modo por mera costumbre, y al cabo de unos días yo ya tenía vía libre en su casa.

Todo indicaba que alguien había tenido la gentileza de prepararme un alojamiento, y ese alguien había sido, por supuesto, el señor Morgan. Aquella tarde no me apetecía hacer mucho y me senté a observar la calle desde la pequeña ventana mirador situada encima de la tienda de Jocelyn. Duncombe se considera una ciudad, pero a mí me da la sensación de que es un pueblo. Realmente, visto desde casa de Jocelyn, parece un lugar muy pintoresco. Las casas no tienen nada de corriente; de hecho, podría decirse que son parcas en detalles, pero en su conjunto se ven bien, sin esas fachadas planas que presentan tantas ciudades mucho más pretenciosas. Una ventana mirador por aquí, otra por allá; un tejado a dos aguas aislado; una buhardilla ocasional que sobresale recortada contra el cielo y que proyecta un hermoso efecto de luces y sombras a lo largo de la calle. Asimismo, las fachadas de ciertas casas también tienen una estética peculiar en cuanto al color, como de papel secante con un tinte rosado, más parecido a la piedra con la que se construyó Maguncia que a cualquier otra cosa. Este color podría considerarse poco elegante, pero a mí me parece que está repleto de calidez. Asimismo, de vez en cuando hay una casa particular ajardinada por delante, con césped a ambos lados del sendero empedrado y un par de árboles grandes, tilos o castaños de indias, que proyectan sus enormes ramas superiores sobre la calle y, a su vez, crean en la acera círculos secos donde resguardarse de los chaparrones estivales.

Allí me encontraba, sentado en el mirador con la ventana abierta, pensando en el contraste entre este lugar y mi hogar en el corazón de Londres, del que hacía tan solo doce horas que había partido; y, a pesar de encontrarme en la calle principal del centro de la ciudad, tan solo me llegaba el aroma de los tiestos de flores de reseda del alféizar, en lugar del polvo y el humo de la

calle, y lo único que se oía eran las voces de las madres pidiendo a sus hijos que dejaran de jugar para ir a acostarse, y las campanadas de las ocho de la vieja iglesia repicando para recordarles el toque de queda…

Allí me encontraba, pues, absorto, cuando se abrió la puerta y una criada menuda me anunció con una reverencia:

—Señor, la señora Munton lo saluda, y quisiera saber cómo se encuentra después del viaje.

¡Fíjate! ¿No te parece un acto amable y bondadoso? ¿Acaso crees que el más querido de mis compañeros de residencia en el Guy's habría tenido semejante miramiento? Sin embargo, la señora Munton, cuyo nombre no había oído jamás, estuvo preocupada de corazón hasta que le calmé el espíritu al contestarle que me encontraba bastante bien.

—Mande también mis saludos a la señora Munton, me encuentro bastante bien; se lo agradezco mucho.

Me pareció adecuado decir solo «bastante bien», dado que un «muy bien» habría acabado con el evidente interés que la señora Munton albergaba por mí. ¡Qué buena, la señora Munton! ¡Qué amable, la señora Munton! ¡Quizá fuera también una joven, bella, rica y viuda señora Munton! Divertido, me froté las manos con deleite, retorné al punto de observación y empecé a elucubrar en qué casa debía de vivir la señora Munton.

Fragmento de ***Las confesiones del señor Harrison***, de Elizabeth Gaskell, traducción de Marta Morros, colección Club Victoria, Ediciones Invisibles, febrero de 2025.